



El hijo de Pichamán

por ANDRÉS SABELLA

Leoncio Guerrero era fuerte, como un lazo maulino. Había nacido en Pichamán. El aire de su aldea pareció perseguirlo en la ciudad, celoso de la pureza de este hijo suyo, empecinado en liberarlo de cuanto pudiese contaminarlo, haciendo pedazos la transparencia de sus visiones e intenciones. Campechano y poderoso, rotundo en sus juicios, Leoncio aparecía, por la Tertulia de Nascimento, en Ahumada 125, como un pequeño león chileno, un puma al que no engañaban los olores de la sangre: sabía, exactamente, cuando alguien no era sino tinta, cuando las cosas no poseían aquel cimiento de hombre que necesitan para vivir con dignidad de tiempo. En Don Pino, de su novela "La Caleta", (1), ardía mucho de sí mismo:

"Yo soy Manuel Pino y hago honor a mi apellido: soy un pino, un mañío, una una araucaria humana", (Pág. 125).

Leoncio fue de los escritores a quienes las letras no interesan para estrujarlas en dorados vaneos y zalamerías de muñeco. Las manejó, como si fuesen caballos que debían correr hasta donde acaban los horizontes del soñador, como animales para saltar todos los vallados:

"Un grito humano rasga el telón de fondo del momento:

—¡Tooninaaas!

La palabra es cogida por el viento y la arroja contra los farallones, deshilachándola", (2).

El huaso cabal que lo colmaba le montó en el Criollismo y, allí, fue linete de escuela grande. Miraba a Mariano Latorre, con respeto, pero

no con el sombrero de los pedigüños de gloria. Comprendía que la literatura era su verdadera tarea de hombre y la cumplía, honesto y ganoso, mostrando manos de sembrador y de botero maulino: manos para dar vidas a la vida:

"...para los surazos, tenemos nuestro pecho o el fondo húmedo de los botes...", (3).

No golpeó puertas de señoras ni se desveló porque un laurel le cayese en medio de la frente. Amó la vida en plenitud, gozoso de la amistad, del vino, del amor. A poco de tratarlo, se descubría que, debajo de su corteza áspera, latía una hermosa ternura de padre. Cuando las exigencias de los libros lo fatigaban, tomaba sus acuarelas y pintaba, con delicadeza, los temas de su afecio: avenidas y olas.

Una página ejemplar de Guerrero leemos en "La Caleta", Capítulo XXIII, "Surge un bote", que, un día, recogerán las antologías, por su nobleza. Ahí, se comprueba esa trinidad de valores que le fijó Francisco Santenar: "simplicidad, sobriedad y vigor":

"El bote es la transición entre la tierra y el agua, el que ha hecho posible la aventura y las separaciones", (Pág. 208).

Sin un grito de vanidad, se alejó de nosotros, galopando hacia la noche. Su huella nos entristece en lejanías. Leoncio, medio huaso, medio marinero, trazó caminos que ahondarán los tiempos.

(1) Zig-Zag, 1957.

(2) "Las Toninas", Editorial Neupert, 1965, Pág. 11.

(3) "La Caleta", Pág. 126.

El hijo de Pichamán [artículo] Andrés Sabella.

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El hijo de Pichamán [artículo] Andrés Sabella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile